

“Diagnóstico de la crisis y respuestas desde la economía feminista”¹

Amaia Orozco (amaiaorozco@gmail.com)

Desde muchos ámbitos de la economía crítica, es corriente presuponer que un diagnóstico de la crisis realizado desde la economía feminista va a consistir en un discurso victimista del estilo “¡cuánto peor están las mujeres!”. La potencia que nos da mirar a la crisis desde la economía feminista no es esa, sino otra bien distinta, y es doble. En primer lugar, nos permite realizar un análisis de la crisis centrado en comprender su impacto en las condiciones de vida de sujetos diferencialmente posicionados en el sistema socioeconómico. Es decir, no limitarnos a preguntarnos el impacto en agregados macroeconómicos, o en frías cifras como los tipos de interés. Ni siquiera en aquellos números que parecen más cercanos a la calidad de vida (empleo, salarios, gasto público). Sino utilizar todas esas cifras (y otras imprescindibles) en la medida en que nos permitan entender el impacto en las condiciones de vida de las personas... y desentendernos de aquellas que más bien nos distraen la atención. Y realizar ese análisis desde la plena consciencia de que, de la misma manera en que los sujetos ocupamos posiciones muy disímiles en el sistema, el impacto va a ser muy diverso y que, en la ausencia de fuertes mecanismos para evitarlo, la tendencia va a ir hacia la multiplicación de las desigualdades².

Pero este texto no se centra en esta primera puerta de cuestionamiento a la crisis que abre la economía feminista, sino en una segunda: el nuevo lenguaje y herramientas que proporciona para realizar una crítica radical al sistema, que nos permita, no recomendar, sino exigir con contundencia un vuelco estructural al sistema (que, entre otras transformaciones, signifique también un vuelco en las relaciones de género de desigualdad o, dicho de otro modo, en el patriarcado). Desde diversas perspectivas, estábamos ya en ello. El colapso financiero supone en ese contexto un momento de serio riesgo: a la par que las debilidades estructurales y la injusticia profunda del sistema se hacen más patentes que nunca, es también más fácil que nunca caer en un discurso de corte “productivista” que deifique la economía “real” frente a la financiera, perdiendo de vista que la primera es tan propia del sistema como la segunda. Es decir, corremos el riesgo de dejarnos atrapar, incluso en tanto que economistas críticas/os, por los cantos de sirena, y que la “refundación del capitalismo” se convierta en una defensa de un supuesto y añorado capitalismo bueno frente a un actual capitalismo malo. La economía feminista puede proporcionar fuerzas para resistirnos a semejante engaño.

Este texto recorre, muy brevemente, los siguientes puntos: (1) Se pregunta de qué crisis hablamos cuando decimos que estamos en crisis. (2) Explicita los aportes de la economía feminista que son claves en este momento: la comprensión integral del sistema económico, y la visibilización del conflicto entre el capital y la vida. (3) Desde esas coordenadas, se explica la crisis de los cuidados, mostrando cómo desde ella puede visibilizarse la insostenibilidad en términos de reproducción social y de justicia del sistema y la inoperancia del “trabajo” como mecanismo de lucha por condiciones de vida dignas. (4) Se afirma que no es posible la marcha atrás, sino que se necesita revertir el sistema y, para ello, se proponen cuatro movimientos estratégicos que nos permitan avanzar en dicho vuelco.

¹ Este texto está basado en la ponencia presentada en las XII Jornadas de Economía Crítica “Los retos de la ciencia económica ante la crisis” (Zaragoza 11 al 13 de febrero de 2010). Recoge las ideas que allí expresé y, en cierta medida, las reformula a la luz de los debates que mantuvimos durante esos días y de las potentes ideas expuestas por el resto de ponentes, por las personas que presentaron comunicaciones a las áreas, y en general, por todas y todos quienes asistieron. Es imposible mencionar a cada persona detrás de cada idea. Valga este reconocimiento como un intento de no adueñarme de palabras ajenas, sino como una voluntad de aportar en la construcción colectiva de pensamiento crítico.

² En esta línea discurren los análisis de Antonella Picchio, colaboradora de las JEC desde hace largos años.

1- Pero, ¿qué crisis?

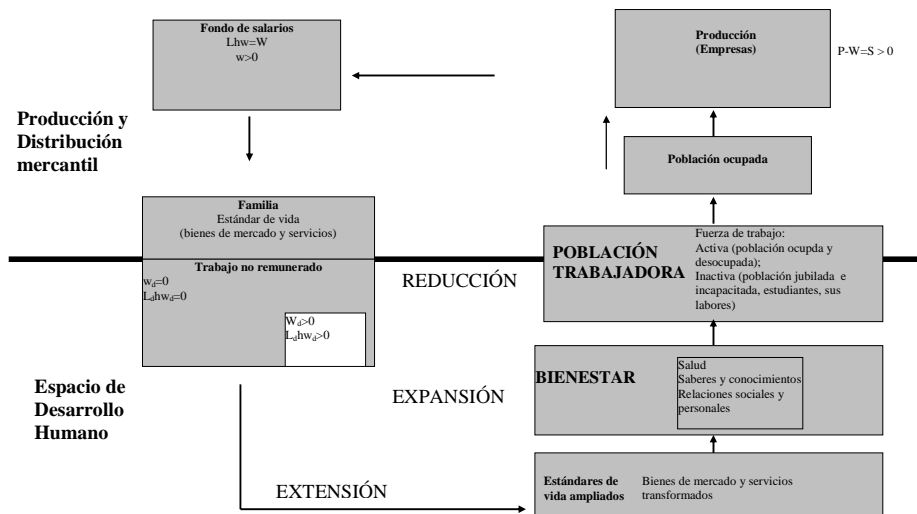
La crisis en la que nos encontramos no es en absoluto reducible al colapso financiero. Es una crisis acumulada y multidimensional. El sistema venía ya haciendo aguas por múltiples vías, y el estallido financiero puede más bien entenderse como una eclosión final del sistema en el corazón del mismo (corazón geográfico –donde ha surgido -y sistémico –el ámbito de la economía en el que se ha originado-). Entre las dimensiones del sistema que ya mostraban desde hace tiempos un estado grave están la crisis ecológica, y la crisis de reproducción social que, en los países del centro, tomaba la forma de una aguda crisis de cuidados. Además de acumulada y multidimensional, se trata de una crisis que atraviesa todas las esferas no sólo del sistema, sino de la vida: es una crisis civilizatoria, es toda una manera de entender el cómo estamos en el mundo lo que salta por los aires. De forma clave, atraviesa nuestra propia concepción como sujetos. Quiénes somos, los valores éticos por los que nos regimos, la construcción de la masculinidad y la feminidad. Nuestros horizontes de vida, qué entendemos por una vida que merezca la pena ser vivida, y de ahí, qué reivindicaciones políticas se derivan. Las estructuras no sólo económicas, sino de todo tipo y, de manera clave, las estructuras políticas.

Para poder comprender el alcance y gravedad de la crisis civilizatoria y multidimensional es imprescindible un primer requebro: descentrar a los mercados capitalistas, que hoy por hoy han colonizado el sistema económico, por supuesto, pero también nuestra propia concepción como sujetos y nuestra capacidad reivindicativa. Esta es la apuesta fuerte, muy fuerte, común a la economía ecológica, con su desvelamiento de la falacia de la producción y su propuesta de enfoque eco-integrador. Es también la apuesta de la economía feminista cuando reivindica poner la sostenibilidad de la vida en el centro y entender la economía como los procesos de satisfacción de necesidades y generación de recursos precisados para el vivir-bien.

2- Aportes de la economía feminista

El primer aporte de la economía feminista es la propuesta de ampliar la noción de economía y trabajo utilizada. No hay mayor muestra de la colonización que los mercados capitalistas han hecho de nuestra capacidad analítica que el hecho de haber reducido la comprensión de lo económico al análisis de los procesos de “producción” y distribución mercantil. Economía es generar recursos para satisfacer necesidades y crear condiciones para una vida digna de ser vivida. Esto ocurre sólo parcialmente a través de la acción de los mercados capitalistas, mostrados en el siguiente gráfico en su parte superior.

Figura 1. El flujo circular de la renta ampliado



Fuente: Antonella Picchio (2001), "Un enfoque macroeconómico 'ampliado' de las condiciones de vida" en Cristina Carrasco (ed.) *Tiempos, trabajos y géneros*. Barcelona: Universitat de Barcelona.

Sin tener tiempo para detenernos a fondo, limitémonos a señalar algunas cuestiones clave que este gráfico nos muestra³. Además de los procesos mercantiles, hay otro gran ámbito de actividad económica que es el aquí denominado como espacio de desarrollo humano, protagonizado por los hogares. En este espacio se produce un triple proceso económico: Extensión del bienestar, es decir, de generación de recursos adicionales a aquellos provenientes de los ámbitos monetizados de la economía (pensemos, por ejemplo, en alimentos cultivados, en ropa cosida) y de transformación de los recursos provenientes del mercado (cocinar, limpiar la casa, lavar la ropa...). Expansión del bienestar, es decir, garantizar que los recursos extendidos y/o transformados finalmente responden a las necesidades de cada persona, generan bienestar individual, y, mediante la generación de una inmensa cantidad de servicios personales precisados por cada quien cubren la faceta afectiva y relacional de las necesidades de las personas. Y reducción, o la selección de los miembros del hogar que acudirán al mercado laboral y la preparación para que cada día puedan hacerlo. Estos son procesos económicos sumamente complejos y que nunca pueden dejarse de lado en cualquier intento serio de comprender cómo funciona el sistema. Aunque no sean las cifras la mejor estrategia en tiempos de idolatría de las estadísticas, demos unos pocos números que dejen patente la ceguera de olvidar todo esto. Según Durán⁴, si en el estado español hubiera que convertir en empleos a jornada completa las horas dedicadas a trabajo no remunerado, sería necesario crear un mínimo de 26,4 millones de empleo... ¡En un entorno en el que hoy día hay 18,6 millones de personas ocupadas en el mercado! (EPA IV trim. 2009). De ese tiempo de trabajo gratuito, el 83% lo realizan mujeres.

Pero, además, el espacio de desarrollo humano no es sólo clave por la inmensa cantidad de actividad económica que en él se produce, sino porque es ahí donde se asume la responsabilidad de que, digamos, el conjunto encaje; es decir, de que todos los diversos recursos, transformados, adaptados,

³ Ojo, este gráfico tampoco se propone como la visión completa de la economía; faltan elementos fundamentales, como el estado, el ámbito comunitario o la interrelación entre economía y naturaleza.

⁴ Durán, M^a Ángeles (2009) "La contabilidad del tiempo" en Jornadas Europea sobre Usos del Tiempo, http://jornadausosdeltemps.net/public/assets/pagina_8/doc_004_es.pdf

etc. finalmente generan bienestar. Esta responsabilidad no es asumida por el estado, ni por el conjunto social, ni, menos que menos, por las empresas. Sino por los hogares y, en ellos, por las mujeres. Por eso afirmamos que la unidad analítica básica para la economía ha de ser el hogar: porque es en él donde se toman las decisiones económicas primarias y donde en última instancia se ajustan todos los procesos de forma que adquieran sentido económico, esto es, que generan bienestar. Estos hogares en absoluto son unidades armoniosas, sino terrenos marcados por el conflicto, de forma clave, por las relaciones de desigualdad entre mujeres y hombres. La unidad analítica básica de la economía son los hogares (¡y hogar no es lo mismo que familia prototípica!) atravesados por relaciones de poder.

El sistemático desinterés de la gran mayoría de corrientes de pensamiento económico crítico por incluir en el análisis estas esferas económicas ocultas genera estupefacción. Incluirlas en el análisis no ha de ser responsabilidad aislada de la economía feminista, cuyos grandes esfuerzos hechos hasta ahora han permitido avanzar mucho... siendo aún muy largo el camino que queda por recorrer. A nivel analítico, es también importante señalar que introducir estas dimensiones muestra la insuficiencia de las herramientas conceptuales y metodológicas preexistentes, como nos ha mostrado el debate sobre el trabajo doméstico (insuficiencia del aparataje marxista para comprender este trabajo) o los intentos de incluir los trabajos no pagados en los sistemas de cuentas nacionales. A nivel político, la principal implicación es que el vínculo entre calidad de vida-capacidad de consumo-empleo no pueden entenderse en ningún caso como un nexo directo ni inevitable, ya que está mediado por múltiples instituciones y esferas de actividad y es producto de una organización peculiar del sistema (como ampliaremos en breve). Por lo tanto, la lucha política no ha de situarse en los estrechos márgenes de ese nexo (exigiendo empleo o dinero), sino que el horizonte ha de ser su destrucción. La cuestión política es, por lo tanto: qué reivindicaciones hacer que nos permitan erosionar el nexo, reconociendo que hoy estamos instaladas e instalados en él; sin caer en el error de pensar que ésta sea una dependencia absoluta ni mucho menos individual; y atendiendo al hecho de que cómo afecte ese nexo a cada quien depende del lugar que se ocupe en esa economía ampliada.

El segundo aporte central de la economía feminista es la reelaboración del conflicto capital-trabajo. El conflicto por la apropiación de la plusvalía se reconoce como una tensión estructural sobre la que se asienta el sistema. Pero, en primer lugar, se afirma que ese conflicto es más profundo: entre el capital y todos los trabajos... entre el capital y la vida. Cuando la vida no es un fin de la economía, sino un medio para la valorización del capital (K-M-K'), la vida está bajo permanente amenaza. Mayor es aún la amenaza cuando el proceso de valorización ni siquiera ha de recurrir a producir algo que pueda (o no) satisfacer necesidades, como ocurre crecientemente en el contexto de financiarización (K-K'), en el que el conflicto con la vida se ha agravado. En segundo lugar, se entiende que la lógica del capital (la lógica de valorización de capital) es una lógica patriarcal, o androcéntrica, en el sentido que se ha desarrollado desde la filosofía feminista, y que define el patriarcado como un sistema ontológico y ético que comprende la civilización en contraposición a la naturaleza, como su dominio progresivo. Se entiende lo plenamente humano como aquello que nos permite desprendernos de nuestras ataduras biológicas, animales. Lo plenamente humano como el trascender la vida, no perpetuarla. En esta deificación de la trascendencia sobre la inmanencia, las esferas económicas que regeneran vida son entendidas como una forma menos evolucionada que las esferas económicas que ponen la vida al servicio de un fin superior: el crecimiento, la producción, el desarrollo, la industrialización... Llámesele X. La economía de mercado permite colmar deseos, no satisfacer necesidades. Este es el sentido patriarcal que impregna la lógica del capital, que entroniza la trascendencia, la supuesta autosuficiencia del hombre que, a través del mercado, niega su eco-dependencia, su interdependencia con el conjunto social, su condición frágil y vulnerable. Es la épica que se esconde tras la metáfora de la producción⁵ e invisibiliza los trabajos de cuidados. Y este

⁵ El loco sueño de creer que podemos producir algo, ocultando que no hacemos más que extraer y absorber lo ya existente para transformarlo generando una multiplicidad de residuos y provocando la degeneración de la energía.

sentido patriarcal no es dominio único del capitalismo, sino que ha sido compartido por otras formas de pensar la economía que, en última instancia, coinciden en el menosprecio de lo inmanente (pensemos en el socialismo real y su énfasis en la industrialización). En este esquema, los hombres son civilización (mente, racionalidad), mientras que las mujeres son naturaleza (son cuerpo, emoción). Por lo tanto, el conflicto capitalista por la plusvalía se redefine como un conflicto capital-vida de tinte patriarcal.

Unificando ambos aportes, la economía feminista propone la metáfora del iceberg para visualizar el sistema socioeconómico. Si hay una tensión irresoluble entre garantizar el proceso de valorización de capital y garantizar el proceso de sostenimiento de la vida, es preciso “elegir”. Y la elección en el capitalismo patriarcal es clara, por eso decimos que los mercados capitalistas se han situado en el epicentro del sistema. Vivimos en un sistema económico pervertido, que pone el sentido último de lo económico (la vida) al servicio de un interés opuesto. Esto inhibe la existencia de una responsabilidad social en la sostenibilidad de la vida y, sin embargo, la vida (alguna) ha de continuar, sin ella no hay siquiera mercado. Y esta responsabilidad es la que se delega a las esferas invisibles del sistema económico. En la medida en que el conflicto se invisibiliza y se oculta, desaparece en términos sociales y políticos. Por eso el iceberg: porque hay dos partes claramente diferenciadas (por la lógica que las mueve) y porque una ha de permanecer necesariamente oculta para sostener el sistema. Ojo, cuando hablamos de (in)visibilidad lo hacemos en términos multidimensionales (¿son trabajos que conllevan flujos monetarios, se pagan?, ¿generan derechos sociales y económicos?, ¿disponemos de conceptos para aprehenderlo y de números para medirlos?, ¿están socialmente valorados?, ¿hay mecanismos colectivos para regularlos?...); refiriéndonos, en última instancia, a que se trate o no de esferas desde donde se pueda ejercer poder político y económico para incidir en la estructura. Las esferas económicas invisibles precisamente se caracterizan por la falta de poder de sus agentes para convertir en colectivo y político el conflicto que absorben.

Es un sistema, por lo tanto, inherentemente jerárquico, que precisa de la desigualdad para permanecer a flote, y en el que las posiciones entre los sujetos se reparten por ejes de poder, de forma clave la clase... y el género. Es imprescindible avanzar en la comprensión de la articulación de los distintos ejes de diferenciación social, y de su interacción con la economía. Si bien es cierto que la economía feminista no ha terminado de hacer con éxito la articulación género-clase, no es menos cierto que lo intenta (de hecho, intenta hacerlo también con otros ejes, como la nacionalidad, la etnia, etc.)... que es mucho más de lo que se puede decir de otras muchas corrientes de pensamiento económico crítico.

3- La crisis de los cuidados: una plasmación estratégica

Los cuidados son una plasmación estratégica para pensar el sistema socioeconómico desde una perspectiva alternativa que descentre a los mercados capitalistas. ¿Por qué decimos esto? Obviamente, los cuidados no son el todo del sistema económico, pero sí son estratégicos porque todas las personas los necesitamos en todos los momentos de nuestra vida⁶, están absolutamente atravesados por la desigualdad de género, en gran medida se garantizan fuera de las esferas monetizadas de la economía y las interacciones entre las esferas no monetizadas y el mercado en este ámbito son complejas y cambiantes.

El modelo prototípico de resolución de los cuidados en el capitalismo fordista se basaba a nivel macrosocial en la división sexual del trabajo clásica que adscribía a las mujeres a los trabajos de

⁶ Entendemos que los cuidados abarcan la gestión y mantenimiento cotidiano de la vida y la salud, el hacerse cargo de los cuerpos sexuados atravesados por (des)afectos. En ese sentido, son una necesidad de todas las personas en todos los momentos del ciclo vital, sin menoscabo de reconocer que hay situaciones en las que se necesitan cuidados intensivos y/o especializados (niñez, adolescencia, vejez, enfermedad, discapacidad, etc.).

cuidados no remunerados y a los hombres al trabajo asalariado, y, a nivel microsocia, en la imposición de la familia nuclear (radioactiva) “hombre ganador del pan / mujer ama de casa” como la norma social. Estos dos ejes atravesaban la estructura del mercado laboral, que imponía como modelo de trabajador estándar al caricaturizado como “trabajador champiñón” (aquel que brota todos los días plenamente disponible para el mercado, sin necesidades de cuidados propias ni responsabilidades sobre cuidados ajenos, y desaparece una vez fuera de la empresa); el estado del bienestar, que se sustentaba en este modelo al definir el sujeto de las prestaciones (la familia nuclear a través de su “cabeza visible”), la vía de acceso (el trabajo asalariado), y el contenido (quedando fuera todos los cuidados a situaciones de dependencia); y la construcción de las identidades, que suponían que la realización de las mujeres se colmaba a través de su rol de cuidadoras (madre y esposa abnegada) mientras que los hombres se hacían tal por la dedicación a su profesión. En este modelo, la responsabilidad de sostener cotidianamente la vida se remite a las mujeres, a través del trabajo de cuidados no remunerado en los hogares. Es este trabajo, oculto en el ámbito de lo doméstico, el que absorbe en gran medida las tensiones estructurales de un sistema en el que la reproducción y regeneración de la vida no son prioridad. Asumir esta responsabilidad posicionaba a las mujeres en una situación de vulnerabilidad específica e intensificada.

Este modelo era un modelo profundamente injusto, pero garantizaba una aparente paz social, siendo así muy eficiente en el sentido de negar legitimidad al conflicto básico capital-vida. Ahora está en quiebra, por una multiplicidad de factores (envejecimiento de la población, cambio en las expectativas y roles de las mujeres, pérdida de redes sociales, modelos de crecimiento urbano y precarización de la vida y el trabajo). Esta quiebra permite que afloren las tensiones estructurales contenidas y prueba de ello son los problemas de “conciliación”, que nos permiten ver la imposibilidad de responder simultáneamente a dos lógicas contrapuestas (las necesidades de cuidados y las necesidades de valorización del capital); y los de atención a la dependencia, que hacen patente que, cuando los hogares ya no se bastan para atender las necesidades de cuidados, no hay medios para garantizarlas socialmente. En este momento se hace imprescindible una redistribución de las responsabilidades de cuidados. La pregunta es hasta qué punto se produce.

Podemos afirmar con contundencia que ni las empresas ni el estado están asumiendo una responsabilidad. Sobre las primeras, cabe distinguir dos tendencias: por un lado, está disminuyendo la (muy escasa) responsabilidad que antes tenían fruto de reivindicaciones sociales; así, se reducen sus cotizaciones a la seguridad social, se flexibilizan tiempos y espacios de trabajo, se degrada la calidad del empleo. Por otro lado, incrementan su protagonismo en la esfera de los cuidados hallando una nueva fuente de negocio; es decir, se amplían las esferas sometidas a una lógica de acumulación de capital, lo cual supone poner en marcha un mecanismo multiplicador de desigualdades sociales (los cuidados son un área donde esta multiplicación es especialmente intensa y rápida). Sobre el estado, cabe señalar una tendencia a incrementar algunas prestaciones y servicios de cuidados; pero este incremento va acompañado de varios problemas: la estrategia de parcheo que no implica soluciones de fondo, el contexto de privatización de lo público, su uso y abuso del trabajo de cuidados no pagado o mal pagado de las mujeres, y las fuertes desigualdades en el acceso y disfrute de las prestaciones y servicios.

En este contexto, siguen siendo los hogares los que asumen la responsabilidad de “hacer que el conjunto funcione” y de garantizar los cuidados necesarios. En ellos, los hombres siguen desentendiéndose del asunto⁷. Son las mujeres las que hacen malabarismos con los recursos

⁷ Sin detenernos a argumentar esta afirmación, baste con los siguientes datos: Los hombres cogen el 5,4% de las excedencias por cuidados a familiares, el 3,9% de las excedencias por cuidados a menores y el 1,9% de la parte transferible del permiso de maternidad. Es más, el tiempo dedicado a trabajo de cuidados no remunerado por las mujeres heterosexuales casadas con hijas/os menores es mayor que el dedicado por las que viven solas con hijas/os (es decir, compartir la vida con un hombre no supone reducir trabajo, al compartirlo, sino asumir más trabajo, al tener que cuidarle a él).

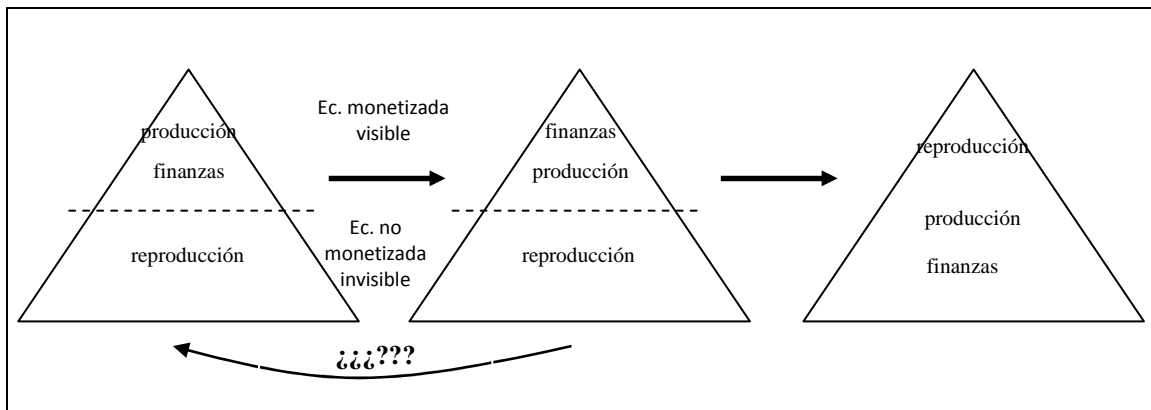
privadamente disponibles: recursos familiares (echando mano de la familia extensa y, sobre todo, las abuelas) y recursos monetarios (pasando a comprar cuidados, caracterizados por la precariedad de las condiciones laborales). Se da así una doble redistribución intra-género: por generación y por clase social y país de procedencia. Cada vez hay más mujeres migrantes asumiendo cuidados mal pagados que, a su vez, dejan responsabilidades de cuidados en sus países de origen en manos de otras mujeres (hermanas, abuelas, hijas mayores...). Se conforman así las denominadas cadenas globales de cuidados: cadenas entre mujeres en distintas partes del mundo que se transfieren cuidados de unas a otras en base a ejes de poder, conformadas con el objetivo de cuidar cotidianamente la vida, y de las que los hombres, el estado y las empresas se benefician.

En definitiva, la crisis de los cuidados implica la salida a la luz de tensiones estructurales del sistema. Pero estas tensiones siguen viviéndose de manera individualizada y no politizada. En lugar de buscarse soluciones sistémicas y colectivas, lo que encontramos es un doble proceso de redimensionamiento de la división sexual del trabajo a nivel global y de reprivatización de la reproducción social (doble privatización porque sigue siendo responsabilidad del ámbito privado-doméstico, y porque cada vez se echa más mano de la compra de cuidados en el mercado). Permanecen inamovibles las coordenadas previas que daban cuerpo a un sistema insostenible e injusto: la inexistencia de una responsabilidad social en la sostenibilidad de la vida que ahora implica la reprivatización de la reproducción social; la primacía de la lógica de valorización de capital que se expande a una nueva esfera; y la desigualdad como el eje que permite sostener un sistema injusto, con el redimensionamiento a nivel global de la división sexual del trabajo. Todo ello supone que sigue habiendo sujetos a quienes se les niega la voz y la capacidad de convertir en colectivos sus problemas, permitiendo que vivan de forma aislada sus experiencias de vulnerabilidad (derivadas de asumir la responsabilidad de cuidar en un sistema que no prioriza la vida). Nuevos sujetos políticos sin voz son las mujeres migrantes empleadas de hogar; mientras que las mujeres españolas que han tenido una salida “exitosa” al mercado laboral tienen graves problemas de “conciliación” que siguen comprendiendo como problemas individuales. Pensar esta tendencia al cierre reaccionario de la crisis de los cuidados nos permite constatar con contundencia que la igualdad no es posible en los márgenes del sistema, y que el empleo como fuente de ingresos, derechos sociales y reconocimiento social para todas las personas no es posible. Que el pleno empleo de calidad y con derechos nunca ha existido, ni es generalizable, porque se basa en la existencia de todo un ámbito invisible de absorción de las tensiones. El intento fallido de las mujeres españolas de “igualarse” en una estructura que exige un modelo de empleo androcéntrico depredador lo muestra con claridad. El empleo (y, con él, la economía “real” o “productiva”, el supuesto capitalismo bueno) en ningún caso puede ser el horizonte de reivindicación, sino una forma de entender el trabajo y la economía al servicio del capital (del capitalismo patriarcal) a transformar integralmente. Y, sin embargo, es cierto que, hoy por hoy, un salario es imprescindible para vivir. Ahí está el quid de la cuestión, cómo luchamos contra el trabajo alienado cuando este trabajo es indispensable para (¿mal?) vivir.

4- Movimientos estratégicos para dar un vuelco al sistema

Una adecuada y seria lectura de la crisis de los cuidados tiene una implicación irrefutable: no es posible el logro de los objetivos de justicia social y condiciones de vida dignas para todas y todos en los márgenes del sistema. Si bien ahora mismo nos encontramos en un sistema del estilo ejemplificado en el segundo iceberg que, dicho muy grosso modo, pone la “producción” al servicio de las finanzas, la respuesta no es dar marcha atrás a un sistema como el del primer iceberg, de priorización de la economía “real” que ponga las finanzas al servicio de la “producción”. Entre otros motivos, porque ambos se basan en la invisibilidad (el no-poder, la negación, la depredación) de las esferas económicas que garantizan la reproducción social.

Figura 2. La urgente necesidad de dar un vuelco al sistema



Fuente: elaboración propia.

Ambos son sistemas inherentemente jerárquicos e insostenibles en un sentido multidimensional (a nivel ambiental, social y reproductivo). Este momento de colapso financiero no ha de significar un repliegue a posiciones defensivas del empleo y lo “productivo”, sino un acicate para un cambio radical. Para lograrlo, a continuación se proponen cuatro movimientos estratégicos.

4.1- Movimiento estratégico 1: contra el capitalismo incrustado

Si nuestro objetivo económico (y social) por excelencia ya no es el “crecimiento económico”, ni la “producción”, ni siquiera el empleo o el consumo... ¿cuál es entonces? Antes de nada necesitamos adentrarnos en un urgente debate ético sobre qué entendemos por vivir-bien, buen vivir, o como queramos llamarlo. ¿Cuáles son las condiciones de vida que queremos garantizar socialmente (a partir de las cuales cada quien pueda construir su propio espacio de libertad y decisión personales)? Este es el primer e inescapable debate, y ha de ser radicalmente democrático (tenemos otro muy serio problema: no disponemos de estructuras de discusión democráticas). Y sitúa la repuesta a la crisis en el plano político, y no técnico. Es decir, primero debemos hacer una lucha política para redefinir el vivir-bien como objetivo socioeconómico. Y, en un segundo momento, nos preguntaremos cómo conseguirlo. Es importante tener muy claro que los argumentos técnicos en ningún caso pueden ser un freno a priori. Como se mencionó en las jornadas, ahora existe un sentimiento de que es necesario y posible el cambio, sentimiento que debemos aprovechar para arrancar este debate, siendo extremadamente cuidadosas/os en no frenarlo con rebuscados argumentos tecnicistas posibilistas.

Este debate sobre qué es el vivir-bien pasa, en primera instancia, por un proceso de desintoxicación personal, porque el capitalismo, como dice M^a Jesús Izquierdo es droga pura, y nos tiene enganchadas/os, está incrustado en nuestra piel. El replanteamiento del buen vivir se liga de manera nítida con las propuestas del decrecimiento y del “mejor con menos”. Es decir, con la idea de que tenemos que comenzar a vivir bajo criterios de austeridad. Lo cual no significa que en todo debamos “decrecer”; por ejemplo, en el ámbito de los cuidados debe darse un incuestionable “crecimiento” de los cuidados socialmente (y no privadamente) garantizados. El replanteamiento del buen vivir exige una revalorización de los cuidados y de la reproducción cotidiana de la vida. Para ello necesitamos (unos más que otras) comenzar a reconocernos como entes vivos con potencias y debilidades, a reconocer la parte de dolor, de envejecimiento, de fragilidad y vulnerabilidad que tiene la vida. Necesitamos igualmente reconocernos como sujetos eco-dependientes (no dueños de la naturaleza, sino parte dependiente de la misma) y socialmente interdependientes; nadie somos autosuficientes, nadie podemos vivir aisladamente comprando todo lo que necesitamos en el mercado gracias a nuestro salario (¡menos aún a nuestras rentas del capital o pensiones privadas!). Ni somos ni

seremos el sujeto fetiche del capitalismo, el Robinson Crusoe que se las apaña solo en el mercado, ese delirio dañino de omnipotencia. Una transformación radical de nuestra idea íntima del buen vivir pasa por una revalorización de los cuidados y por reconocer que, como dice Sira del Río, no cuidar es pro-capitalista; porque sólo quien realiza cuidados puede llegar a valorarlos, con su carga de vulnerabilidad, de dolor y de dependencia, porque no cuidar es menospreciar la regeneración de la vida al igual que la menosprecia el capital.

4.2- Movimiento estratégico 2: Hacer del conflicto capital-vida una lucha política

El mecanismo principal para que un sistema injusto e insostenible se mantenga a flote es ocultar la tensión inherente al sistema, más aún, hacernos creer que garantizando el proceso de valorización de capital estamos asegurando el proceso de sostenibilidad de la vida. Mostrar la radical falsedad de esta afirmación es absolutamente imprescindible, porque, de lo contrario, estamos jugando en terreno hostil y enemigo; en un terreno donde la partida está perdida de antemano. Con lo que, una vez que reinventemos íntimamente nuestra idea de buen vivir en términos no mercantilizados (no consumistas, no volcados a la “realización” en el ámbito laboral) y la discutamos socialmente, debemos mostrar con rotundidad que ese buen vivir no puede supeditarse a la lógica del capital. Hemos de mostrar el conflicto capital-vida en su plenitud. Y, para ello, el ámbito de los cuidados es estratégico; terreno abonado para ver el conflicto.

Las empresas se aprovechan del trabajo de cuidados (que reproduce generacional y cotidianamente la mano de obra) de forma totalmente gratuita; lo cual, a su vez, tiene repercusiones muy distintas sobre mujeres y hombres en términos de la posibilidad de ocupar posiciones más o menos favorables en la estructura mercantil. Plantear la “conciliación”, la posibilidad de ponerse de acuerdo (la conciliación es buena para las empresas, trabajadores y, sobre todo, trabajadoras contentas que son más productivas, etc.) es una manera de dejarnos robar un terreno especialmente fértil para mostrar el conflicto: si las personas supeditan sus ritmos y espacios vitales a las necesidades de la empresa, la vida está bajo amenaza. Los problemas de “conciliación” suponen vivir en lo más cotidiano los problemas de intentar compaginar los ritmos y necesidades de la vida con los ritmos y necesidades del capital. Y, en la medida en que derivan en problemas muy concretos y graves en la calidad de vida cotidiana, incluso en nuestros cuerpos (cuerpos agotados, cuerpos estresados), suponen encarnar un conflicto que, a menudo, parece quedarse en el terreno de lo abstracto. Si ese malestar, tremendo, generalizado en las mujeres, se identificara en términos estructurales y colectivos, ahí habría una fuerza política enorme para cuestionar el sistema.

4.3- Movimiento estratégico 3: Construir otra lógica económica

Si dejamos claro que lo que queremos (el vivir-bien) no es posible bajo una lógica del capital, se nos abren dos caminos de acción: sustraer recursos a la lógica de valorización de capital y ponerlos... ¿dónde? Necesitamos discutir qué otras esferas económicas, con sus diversas lógicas de funcionamiento asociadas, queremos potenciar: ¿estado, hogares, redes?

Pensar en cómo recolocar los cuidados nos da pistas para replantear el conjunto del sistema, y dos son las vías de intervención que tenemos: Primero, limitar la posibilidad de que los cuidados funcionen bajo una lógica de acumulación, porque como ya hemos afirmado los cuidados mercantilizados actúan como un poderoso multiplicador de desigualdades (¿quizá podamos prohibir las residencias privadas de ancianos y convertirlas en monopolio público?, ¿o imponer muy estrictos estándares de control de la calidad del servicio y de las condiciones del empleo contratado?, ¿o...?). Como decíamos antes, se trata de hacer de este sector bandera de visibilización del conflicto capital-vida. Este puede ser también argumento estratégico para resistirse a una vuelta de tuerca en la flexibilización y precarización del mercado laboral que, como asegurábamos, es un mecanismo clave de las empresas para sustraerse de toda responsabilidad sobre la reproducción de la vida. Segundo,

ir más allá de los cuidados en sí y reivindicarlos como eje de un potente ejercicio redistributivo vía gasto y vía ingresos. Por un lado, incrementando el gasto social dirigido hacia la reproducción social y hacia la reducción del trabajo invisible (no pagado o mal pagado) de las mujeres en los hogares. Lo cual pasa por re-direccionar los planes anti-crisis hacia la puesta en marcha de infraestructuras públicas de cuidados de calidad y gestión directa (¡increíble que la revisión de la “ley de dependencia” transcurra por completo ajena al famoso PlanE!), y hacia la reversión del proceso privatizador de los sistemas educativos y sanitario, recuperando estándares de calidad, universalidad y gratuidad. Por otro lado, es el momento de exigir una reforma impositiva profunda bajo la noción de que lo que debemos hacer es financiar y garantizar públicamente el proceso de reproducción social.

Y si reducimos drásticamente el papel de las empresas capitalistas, ¿entonces qué? Aquí tenemos también debates pendientes, y uno de ellos es el que contrapone estado y comunidad. ¿Queremos un estado fuerte, unas instituciones públicas con muchas atribuciones?, ¿a qué nivel: estatal, autonómico, local? ¿O más bien apostamos por tejer lazos comunitarios, por la autogestión, por el cooperativismo? Discusiones en absoluto cerradas, pero que, a menudo, olvidan otra esfera clave de acción económica: los hogares. ¿Qué queremos hacer con ellos?, ¿reducir su peso?, ¿sacar todo o mucho de lo que se hace en ellos a la comunidad, al estado? ¿O más bien democratizarlos, transformar cómo funcionan, romper con la ideología de género reaccionaria que los gobierna, diversificar la idea de qué hogares son posibles y legítimos en términos de acceso a derechos?

En el terreno de los cuidados, de nuevo estos debates adquieren cuerpo y concreción: hemos hablado de limitar (o impedir) el papel de las empresas capitalistas y tenemos claro que no queremos que haya tantos cuidados (semi)gratuitos de las mujeres en casa. ¿Y entonces? Para empezar, si los hombres se cuidaran a sí mismos, la sobrecarga sería muchísimo menor (hoy día, el 39% de los cuidados a terceras personas que realizan las mujeres en España están destinados a hombres adultos que podrían cuidarse solos). Por lo tanto, democratización del hogar en primera instancia; ¿por qué no pensar en una campaña del estilo “no cuidarte es pro-capitalista” dirigida a los hombres y, más aún, a los que se quedan “los lunes al sol”? ¿Y luego? ¿Queremos comedores, residencias de ancianos, escuelas infantiles, todo público?, ¿queremos redes vecinales? ¿Queremos y podemos sacar esos miles de millones de horas de trabajo no pagado fuera? ¿Queremos guarderías en la empresas o en el barrio abiertas de sol a sol?, ¿o menos tiempo de trabajo alienado para poder cuidar(nos) mejor? ¿Es legítimo el empleo de hogar?, ¿cuándo sí y cuándo no? Pensar qué hacer con los cuidados gratuitos y con el empleo de hogar nos permitiría ir tomando muchas decisiones que no atañen a una pequeña parte de nuestra vida, sino que sitúan nuestra vida en el centro de todo el debate económico.

4.4- Movimiento estratégico 4: Apostar por la redistribución

La redistribución frente al delirio del crecimiento. La redistribución de todo: para poner a funcionar los recursos bajo otra lógica económica; para revertir desigualdades estructurales, de clase, pero también de género, de etnicidad y nacionalidad, de hegemonía global, de... Redistribución de todos los recursos: recursos naturales, salarios (es el momento de cuestionar con contundencia las inadmisibles diferencias salariales; pero hagámoslo en lo concreto, sindicalistas y/o feministas de pro: ¿qué es un salario digno para vuestra empleada de hogar?), prestaciones sociales, exigiendo, como se ha hecho desde hace largo tiempo desde el feminismo, su individualización y universalización (¿por qué una anciana tiene que acceder a su pensión por ser “viuda de”? ¿por qué no se reconoce su trabajo histórico fuera del mercado?). Redistribución de los cuidados, como recurso y como trabajo, tal como venimos planteando a lo largo del documento. Redistribución de todos los trabajos. Y esto, a su vez, exige primero distinguir los trabajos socialmente necesarios, aquellos precisos para lograr esas condiciones precisas para el vivir-bien que consensuemos, de los trabajos alienados, aquellos que hoy por hoy los realizamos porque nos dan de comer, pero que sólo

alimentan el proceso de valorización de capital y no reproducen la (buena) vida. ¿La defensa a ultranza de la industria del automóvil es la defensa de un trabajo socialmente necesario o de un trabajo alienado?, ¿dónde están los límites?, ¿hasta dónde hay que estirla? Mientras que muchos de los trabajos que ahora se defienden férreamente son muy cuestionables desde una óptica que ponga la sostenibilidad de la vida en el centro, la mayoría de los trabajos invisibles son sin duda socialmente necesarios. Paradoja que no es tal, sino mecanismo de supervivencia del sistema. En la redistribución de todos los trabajos necesitamos poner énfasis en la redistribución de los no remunerados (porque, sin ese énfasis, al final se naturalizan como un asunto femenino). La redistribución de los trabajos tiene en la exigencia de la disminución de la jornada laboral sin pérdida de salario una de sus reivindicaciones clave.

5- Para ir cerrando...

No es sólo que sea urgente un proceso de transformación radical, que exige que seamos imaginativas/os y valientes. Sino que tenemos muchos debates abiertos que no podemos escamotear. En este proceso, la economía feminista tiene potentes contribuciones que hacer: recolocar la comprensión de lo económico y visibilizar el conflicto capital-vida. Tiene, además, fuertes nexos con la economía ecológica y con el ecologismo social como movimiento crítico. Y tiene la enorme potencia de encarnar todas estas cuestiones en lo más cotidiano y concreto de cada quien: el cuidado de los cuerpos y sus (des)afectos. No para quedarse ahí, sino para ir desde ahí mucho más allá, o mejor más acá: poner la vida en el centro para dar un vuelco a un sistema que desprecia la vida.